

«Limpio y vacío de árabes». Entender históricamente el Plan Dalet y la limpieza étnica de Palestina de 1948*

Jorge Ramos Tolosa
Universitat de València

El 26 de septiembre de 1948, David Ben Gurion manifestó ante el gobierno provisional israelí que Galilea debía convertirse en un territorio «limpio y vacío de árabes»^[1], es decir, de palestinas y palestinos. Fue una de las numerosas declaraciones en esta línea del gran líder sionista y primer *premier* israelí en 1948. Por entonces, a principios de otoño de 1948, el Plan Dalet venía aplicándose desde hacía casi seis meses por las tropas sionistas-israelíes y había provocado que en torno a medio millón de personas palestinas ya hubiesen sido expulsadas de sus hogares. Todo ello en el marco del proceso histórico que el pueblo palestino denominó la «Nakba» («catástrofe» o «desastre» en árabe) y que Ilan Pappé calificó como «la limpieza étnica de Palestina»^[2]. El Plan Dalet, como parte fundamental de la limpieza étnica de Palestina de 1948 y de la Nakba, debe entenderse en su contexto histórico. Pero, además, dado que la Nakba ha sido percibida e interpretada como

un «presente eterno»^[3] o como una «Nakba continuada»^[4] (y todavía más desde el inicio del genocidio de Gaza en octubre de 2023^[5]), no puede eludirse la dificultad que entraña al tratarse de un fenómeno vigente en la actualidad que se transforma día a día.

Múltiples análisis y discursos políticos han considerado que la cuestión de Palestina-Israel se inicia en la Guerra Fría como un conflicto convencional entre dos partes, en mayor o menor medida simétricas, que luchan por el mismo territorio. Bajo este paradigma, generalmente se establece como momento histórico fundamental la Guerra de Junio de 1967 o Guerra de los

1.– Citado por Benny Morris, *The Birth of the Palestinian Refugee Problem Revisited*, Cambridge, Cambridge University Press, 2004, p. 463.

2.– Ilan Pappé, *La limpieza étnica de Palestina*, Barcelona, Crítica, 2008.

3.– Ahmad Sa'di, «Catastrophe, Memory and Identity: Al-Nakbah as a Component of Palestinian Identity», *Israel Studies*, vol. 7, 2 (2002), pp. 175-198.

4.– Rosemary Sayigh, «On the Exclusion of the Palestinian Nakba from the 'Trauma Genre'», *Journal of Palestine Studies*, vol. 43, 1 (2013), pp. 51-60; Himmat Zubi, «The ongoing Nakba: urban Palestinian survival in Haifa», en Nahla Abdo-Zubi y Nur Masalha (eds.), *An Oral History of the Palestinian Nakba*, Londres, Zed Books, 2018, pp. 182-208.

5.– Jorge Ramos Tolosa, «Pensar históricamente el colonialismo de asentamiento sionista-israelí, la Nakba continua y el genocidio de Gaza de 2023-2024», en Laurence Thieux e Isaías Barreñada (coords.), *La cuestión palestina: colonialismo, Nakba, ocupación y genocidio*, Madrid, Dykinson, 2024, pp. 23-42.

Seis Días y lo ocurrido a partir de ese momento, especialmente en los denominados «territorios ocupados» palestinos (Cisjordania, Franja de Gaza y Jerusalén Este). Asimismo, se pueden encontrar con frecuencia discursos que establecen que se trata de un conflicto de carácter religioso, una cuestión que se retrotrae 2.000 años atrás y resulta prácticamente irresoluble debido a elementos como un supuesto odio congénito entre personas judías y musulmanas, o la punta de lanza o zona nuclear del «choque de civilizaciones»^[6].

Sin embargo, la comprensión del origen y de la raíz de este problema internacional debe dejar de lado estas interpretaciones que durante tanto tiempo han sido y son hegemónicas en numerosos ámbitos del Norte Global. Palestina-Israel es prioritariamente una cuestión de colonialismo de asentamiento activo desde finales del siglo XIX hasta la actualidad^[7]. Por tanto, es una problemática exclusivamente contemporánea. Asimismo, aunque existan relevantes factores religiosos, ya que nos encontramos en la conocida como Tierra Santa y distintos actores utilizan diferentes religiones como un elemento identitario, legitimador y movilizador fundamental, no se trata de un enfrentamiento religioso, sino político y colonial. A pesar de los relatos sionistas maximalistas, sionistas cristianos y de otros sectores, Palestina-Israel tampoco es la expresión o una parte de un supuesto «choque de civilizaciones» o de culturas. Del mismo modo, tampoco existió, ha existido, ni existe un presunto odio congénito o inherente entre personas judías y musulmanas.

6.- Juan Jesús Camargo, «Un choque de ignorancias y definiciones. El mito del 'choque de civilizaciones' a partir del pensamiento de Edward W. Said», *Taula: Quaderns de pensament*, 41, 2007-2008, pp. 23-36.

7.- Nur Masalha, *The Palestine Nakba: Decolonising History, Narrating the Subaltern and Reclaiming Memory*, Londres-Nueva York, Zed Books, 2012, pp. 19-87.

El *fons et origo* cabe situarlo en la Europa de las últimas décadas del siglo XIX. Fue entonces cuando surgió el movimiento sionista, un tipo de nacionalismo creado por una minoría de personas judías europeas asquenazíes con el apoyo de ciertos elementos cristianos en un contexto de efervescencia judeófoba, imperialista y nacionalista. Su *raison d'être* era que la única solución al «problema judío», es decir, a la discriminación y persecución de comunidades y personas judías europeas, era la creación de una patria nacional exclusiva o mayoritariamente judía. Aunque se trataba de un movimiento europeo influido por otros nacionalismos de la época, el sionismo era un «nacionalismo sin territorio»^[8], por lo que tuvo que emplear la vía del colonialismo de asentamiento en Palestina.

Habitualmente, el colonialismo contemporáneo se ha vinculado al modelo de colonialismo de metrópoli o extractivista, que ha tenido entre sus principales paradigmas contemporáneos el Raj británico en la India (1858-1947) o la mayoría de las colonias africanas creadas tras la Conferencia de Berlín de 1884-1885. El colonialismo de asentamiento es un fenómeno relacionado y debe entenderse dialécticamente con el colonialismo de metrópoli, pero al mismo tiempo es diferente y cuenta con sus propias especificidades. El colonialismo de metrópoli comporta el saqueo de recursos, el control territorial y la explotación de la fuerza de trabajo subalterna (esclava y/o asalariada), así como el dominio económico, epistémico y político de los sujetos colonizados a través de relaciones asimétricas y concepciones racistas. Por su lado, el principal propósito de las distintas variantes del colonialismo de asentamiento es sustituir a la población indígena, es decir,

8.- Frédéric Encel, *Géopolitique du sionisme. Stratégies d'Israël*, París, Éditions Armand Colin, 2015, p.

el establecimiento por parte de Estados o grupos de colonos —sobre todo europeos, pero no únicamente— de una sociedad o patria colonial propia segregando, desplazando y eliminando a la población indígena o a su mayor parte. Los casos modernos y contemporáneos más estudiados de colonialismo de asentamiento, sin olvidar que existen otros y con una diversidad interna importante, han sido los de Australia, Canadá, Estados Unidos, Nueva Zelanda, Palestina-Israel y Sudáfrica^[9]. Para el gran referente de los estudios de colonialismo de asentamiento, el historiador y antropólogo australiano Patrick Wolfe, en este modelo de colonialismo, la «invasión es una estructura, no un acontecimiento» y la clave es la «lógica de la eliminación» del nativo^[10]. Es decir, en diferentes épocas y desde distintos lugares, los colonos viajan sin billete de vuelta, se apropian de los medios de producción e intentan sustituir a la población indígena con el respaldo de un poder imperial. En el caso sionista-israelí, el principal objetivo era y es conseguir el máximo de territorio posible con el mínimo de población nativa palestina posible, propósito para el que contó especialmente con el apoyo imperial y capitalista británico, en primer lugar, y con el soporte imperial y capitalista estadounidense, posteriormente.

Es necesario recordar que ni el sionismo ni más tarde el Estado de Israel representaron ni representan al judaísmo ni a las comunidades judías. De hecho, hasta bien entrado el siglo XX, la mayoría de personas judías eran no sionistas o antisionistas, y

hoy existen numerosos grupos e individuos judíos laicos y religiosos que lo siguen siendo. Al mismo tiempo, debe remarcarse que una parte muy importante de la flor y nata del mundo científico, cultural, intelectual y revolucionario de entre finales del siglo XIX y mediados del XX estaba compuesto por personas de identidad u origen judío —Theodor Adorno, Hannah Arendt, Walter Benjamin, Marc Chagall, Albert Einstein, Sigmund Freud, Emma Goldman, Franz Kafka, Rosa Luxemburg, Groucho Marx, Camille Pissarro o León Trotsky, entre otras—^[11], y que gran parte de ellas criticaron al sionismo.

Tras barajar en los primeros años distintos territorios para fundar la nueva «patria judía» colonial, que debería de estar conformada homogénea o al menos mayoritariamente por personas judías, el territorio escogido fue Palestina. Y así se manifestó durante los últimos años del siglo XIX en los primeros congresos de la Organización Sionista Mundial fundada por Theodor Herzl, cuyo objetivo prioritario recogió la prensa internacional de la época: «[We] will colonize Palestine»^[12]. La elección de este territorio entre el río Jordán y el mar Mediterráneo se tomó por la necesidad de obtener el apoyo de una gran potencia noratlántica, como el Reino Unido, por profecías evangélicas y por los vínculos histórico-religiosos de Palestina con la religión judía. Los dirigentes sionistas, mayoritariamente no religiosos, consideraban su causa como una lucha de liberación de un pueblo oprimido y una parte importante de ellos se autodefinía como socialista. Sin embargo, en aquel momento, Palestina, que pertenecía a un Sultanato Otomano en su etapa de decadencia final y que combinó permisividad

9.- Edward Cavanagh y Lorenzo Veracini (eds.), *The Routledge Handbook of the History of Settler Colonialism*, Londres-Nueva York, Routledge, 2017.

10.- Patrick Wolfe, *Settler Colonialism and the Transformation of Anthropology: The Politics and Poetics of an Ethnographic Event*, Londres, Cassell, 1999; *ÍD.*, «The Settler Complex: An Introduction», *American Indian Culture and Research Journal*, vol. 37, 2 (2013), pp. 1-22.

11.- Enzo Traverso, *El final de la modernidad judía. Historia de un giro conservador*, València, Publicacions de la Universitat de València, 2013, pp. 19-80.

12.- *The New York Times*, 20 de junio de 1899, p. 3.

junto a infructuosos intentos de obstaculización del colonialismo sionista, solo contaba con menos de un cinco por ciento de población judía. Por tanto, la cuestión clave fue cómo conseguir que un territorio con más de un 95 por ciento de población no judía se convirtiese en una patria exclusiva o mayoritariamente judía, como pretendía el movimiento sionista.

Para lograr sus objetivos políticos, el movimiento sionista emprendió cuatro grandes procesos: en primer lugar, la construcción de la identidad nacional judía o «la invención del pueblo judío» y de la «Tierra de Israel»^[13]; en segundo lugar, el establecimiento de un entramado institucional propio dentro y fuera de la Palestina otomana; en tercer lugar, la organización de las oleadas colonizadoras (*aliyot*) y la implantación sobre el terreno de una sociedad colona que, a partir de la segunda aliya (1904-1914) supuso un desarrollo segregado a través de la «conquista de la tierra» (*kibbush ha-adama*) y la «conquista del trabajo» (*kibbush ha-‘avoda*) o «trabajo judío» (*‘avoda ‘ivrit*), es decir, la exclusión del trabajo agrícola y del mercado laboral a personas que no fuesen judías^[14]; y, en cuarto lugar, el intento de ganarse el favor de una gran potencia, que se formalizó trece años después de la muerte de Herzl con la Declaración Balfour británica de 1917.

Por su lado, aunque la historia nunca está escrita ni es lineal, y siempre obedece a una multiplicidad de contingencias, el historiador palestino Nur Masalha demostró que la idea de «transferencia», «desplazamiento» o «expulsión» de la población na-

tiva palestina formaba parte de la ideología sionista mayoritaria^[15]. Algo especialmente relevante desde la década de 1930; tras la desaparición del Sultanato Otomano, la incorporación de Palestina al Imperio Británico, el respaldo estructural del Reino Unido al colonialismo de asentamiento sionista y la multiplicación de las resistencias palestinas, las cuales contaron con una relevante presencia de mujeres palestinas musulmanas y cristianas^[16].

De esta manera, el momento idóneo para que el movimiento sionista consiguiese el máximo de territorio posible con el mínimo de población indígena palestina (la «pureza demográfica judía»^[17]) se presentó con el entrecruzamiento de distintas contingencias tras el fin de la Segunda Guerra Mundial. El movimiento sionista, que hasta 1939 había organizado cinco grandes oleadas colonizadoras, consiguió consolidar durante la Segunda Guerra Mundial una comunidad nacional en Palestina de carácter prácticamente estatal, dotada de autosuficiencia económica y una gran capacidad paramilitar. Entre 1944 y 1945, las organizaciones paramilitares sionistas —que poco antes habían colaborado con la potencia mandataria británica para reprimir la Gran Insurrección Palestina (1936-1939)—, se unieron para llevar a cabo una campaña de ataques y crímenes contra el Reino Unido con el propósito de que abandonase Palestina. Entre sus acciones se incluyó el

13.– Shlomo Sand, *La invención del pueblo judío*, Madrid, Akal, 2011; Íd., *La invención de la Tierra de Israel: de Tierra Santa a madre patria*, Madrid, Akal, 2013.

14.– Ferran Izquierdo, «Sionismo y separación étnica en Palestina durante el Mandato Británico: la defensa del trabajo judío», *Scripta Nova: Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*, 10 (2006), pp. 205-228.

15.– Nur Masalha, *La expulsión de los palestinos: El concepto de «transferencia» en el pensamiento político sionista, 1882-1948*, Madrid, Bósforo Libros, 2008 (1992).

16.– Mar Gijón, «El movimiento de mujeres en Palestina (1884-1948): La lucha anticolonial como elemento impulsor», en Jorge Ramos Tolosa y Diego Checa Hidalgo (coords.), *Comprender Palestina-Israel: Estudios pluridisciplinares y decoloniales*, Granada, Editorial Universidad de Granada, 2019, pp. 73-91.

17.– Ilan Pappé, «Shtetl Colonialism: First and Last Impressions of Indigeneity by Colonised Colonisers», *Settler Colonial Studies*, 2, 1 (2012), pp. 39-58.



Soldados británicos trasladan a prisioneros palestinos en 1938, durante la Gran Insurrección Palestina (palestineremembered.com).

conocido atentado del Hotel King David, acontecido el 22 de julio de 1946. Este ataque, considerado por el prosionista Winston Churchill como «terrorista», provocó la muerte de 91 personas; 41 de ellas árabes, 28 británicas y el resto de otras identidades, incluyendo judías^[18].

En febrero de 1947, siete meses después, el Reino Unido atravesaba una grave crisis económica y afrontaba las negociaciones finales de la independencia y partición de la India. Fue entonces cuando Londres decidió traspasar la responsabilidad de Palestina a las recién creadas Naciones Unidas. Después, anunciaría que iba a abandonar este territorio del Levante mediterráneo el 15 de mayo de 1948. Como respuesta a la petición británica, la ONU convocó la primera sesión extraordinaria de la Asamblea General en la primavera de 1947 para dedicarla exclusivamente a Palestina. En esta

convocatoria especial, la institución internacional empezó a patrocinar los primeros desequilibrios entre las partes, ya que favoreció al movimiento sionista permitiéndole intervenir el doble de ocasiones (y en primer y último lugar) que a la representación palestina. También creó un comité especial, el UNSCOP, para proponer recomendaciones sobre su futuro político. Sin embargo, gran parte de los 11 miembros del comité (que representaban a otros tantos Estados miembros de la Asamblea General) no conocían en profundidad la problemática de Palestina ni tenía experiencia previa en la región. A modo de ejemplo, el representante guatemalteco, Jorge García-Granados, reconoció que: «Por mi parte, no tenía un especial conocimiento que pudiera llevar a mis colegas a pensar en mí como miembro del comité de investigación. Yo sabía muy poco sobre Palestina»^[19].

18.- John Bowyer Bell y Moshe Arens, *Terror out of Zion*, New Brunswick, Transaction Publishers, 1996; Thurston Clarke, *By Blood and Fire: the attack on the King David Hotel*, Nueva York, Putnam, 1981.

19.- Jorge García-Granados, *The Birth of Israel: The Drama as I Saw It*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1948, p. 4.

Antes de su primera visita al país asiático, muchos de ellos ya estaban condicionados para defender el proyecto de dividir Palestina en dos Estados, la solución que apoyaban, por distintos factores tanto EE.UU. como la URSS. Estados Unidos apoyó la partición debido principalmente a la presión de las organizaciones sionistas del país norteamericano y el intento de satisfacer a los varios millones de electores judíos ciudadanos estadounidenses. Por su parte, el respaldo de la Unión Soviética se debió a que numerosos líderes sionistas procedían de zonas del antiguo Imperio ruso o de repúblicas soviéticas coetáneas y a que la cultura política predominante en el movimiento sionista en Palestina era el socialismo. Con este tablero, Moscú pensó que acercarse al sionismo en este momento podía hacer que el futuro Estado sionista fuese un aliado potencial en la incipiente Guerra Fría. Las corrientes mayoritarias del sionismo aceptaban la partición como un primer paso pragmático para conseguir el máximo de territorio posible con el mínimo de población palestina. El propio David Ben Gurion ya había afirmado que «siendo fuertes, cancelaremos la partición del país y nos expandiremos a través de la Tierra de Israel»^[20] y que «tenemos que expulsar a los árabes [palestinos] y ocupar su lugar [...] y si hay que usar la fuerza [...] contamos con la fuerza necesaria»^[21].

En efecto, tras varios debates y diferentes modificaciones, el plan mayoritario que presentó el UNSCOP de dividir Palestina fue aprobado el 29 de noviembre de 1947 en la Resolución 181 de la Asamblea General de la ONU. Fue el conocido como plan

de partición de Palestina y recomendó —las resoluciones de la Asamblea General son recomendaciones no vinculantes— el establecimiento de un Estado sionista en el 55 por ciento de Palestina, a pesar de que sólo poseían entre un 6 y 11 por ciento de la tierra y constituían un tercio de la población, de otro Estado palestino en el 44 por ciento del territorio, y una reducida zona internacionalizada en torno a Jerusalén. Esta resolución se aprobó por la coacción de Estados Unidos a delegados de países pequeños en su órbita (sobre todo Filipinas, Haití y Liberia) y violando el propio tratado constitutivo de las Naciones Unidas al negar el principio de la libre determinación de los pueblos, contenido en el primer artículo de la Carta de las Naciones Unidas^[22]. El plan de partición fue celebrado por la mayor parte del movimiento sionista (otra parte minoritaria, la que después formaría el Herut y más tarde el Likud, no lo aceptó porque aspiraba inicialmente a un territorio mucho mayor) y rechazada por el pueblo palestino y los dirigentes árabes. La tensión y los enfrentamientos violentos fueron aumentando en las semanas siguientes y este fue el contexto idóneo que el movimiento sionista y sus organizaciones militares llevaban esperando para poner en marcha la expulsión de la población palestina de sus casas, que a partir de abril de 1948 se llevó a cabo de manera planificada, sistemática y masiva a través del Plan Dalet.

El Plan Dalet fue un proyecto general para las operaciones militares que se desencadenarían en la primavera de 1948 en Palestina. Pero más significativa fue su finalidad. En palabras de sus autores, principalmente de la organización paramilitar socialsionista Haganá, se trataba de «controlar la zona que nos habían asignado las

20.– Avi Shlaim, *Collusion Across the Jordan: King Abdullah, the Zionist Movement and the Partition of Palestine*, Oxford, Clarendon Press, 1988, p. 17.

21.– Journal of Palestine Studies, «JPS Responds to CAM-ERA's Call for Accuracy: Ben-Gurion and the Arab Transfer», *Journal of Palestine Studies*, vol. 41, 2 (2012), p. 248.

22.– Jorge Ramos Tolosa, *Los años clave de Palestina-Israel: Pablo de Azcárate y la ONU (1947-1952)*, Madrid, Marcial Pons, 2019, pp. 115-124.

Naciones Unidas y las zonas ocupadas por nosotros que quedaran fuera de esas fronteras, e instalar fuerzas allí para enfrentar la posible invasión de los ejércitos árabes después del 15 de mayo»^[23]. El plan incluía referencias directas a los parámetros geográficos del futuro Estado sionista (que superaban las fronteras del plan de partición y se acercaban al 80 por ciento de Palestina, siendo prácticamente este porcentaje territorial el que conformaría el Estado de Israel finalizada la Primera Guerra Árabe-Israelí en 1949) y al destino del casi un millón de palestinos y palestinas que habitaba estas zonas. Para Ilan Pappé, el objetivo de expulsión era evidente:

«Las aldeas debían vaciarse por completo porque estaban localizadas en lugares estratégicos o porque se esperaba que opusieran algún tipo de resistencia. Estas órdenes se emitieron cuando fue claro que la ocupación siempre provocaría alguna resistencia y que, por ende, ninguna aldea tendría inmunidad, ya fuera por su ubicación o por la oposición de sus habitantes. Este era el plan maestro para la expulsión de la población de todas las aldeas de la Palestina rural. Las acciones dirigidas contra los centros urbanos palestinos contaron con instrucciones similares, en buena parte redactadas en los mismos términos»^[24].

Al igual que Walid Khalidi^[25] y Nur Masalha^[26], Uri Ben-Eliezer sostuvo una inter-

pretación en la línea de Pappé y concluyó que «el Plan Dalet tenía como fin limpiar las aldeas y expulsar a los árabes de las ciudades con poblaciones mixtas»^[27]. Para el biógrafo de Ben Gurion, Michael Bar-Zohar, «en las discusiones internas, en las instrucciones a sus hombres, ‘El Viejo’ [Ben Gurion] demostraba una posición clara: sería mejor que quedara el menor número posible de árabes en el territorio del Estado [sionista]»^[28].

Así, entre 1947 y 1949, año este último en que se firmaron los armisticios que pusieron fin a la Primera Guerra Árabe-Israelí con la victoria del nuevo Estado de Israel, Palestina cambió completamente. La mayor parte de la Palestina árabe fue destruida y unas 750.000-800.000 personas no judías se convirtieron en refugiadas (casi dos tercios de la población palestina). Jerusalén fue dividida entre una parte oeste anexionada por el nuevo Estado israelí y una parte este que quedaría en manos (trans)jordanas hasta junio de 1967. El país fue desmembrado: Israel se edificó sobre el 78 por ciento de Palestina, (Trans)Jordania se anexionó Cisjordania —incluyendo Jerusalén Oriental— y Egipto pasó a administrar la recientemente creada Franja de Gaza. Para la escritora italo-palestina Rula Jebreal, la Nakba significó «la catástrofe, el desastre, el apocalipsis [...] Es difícil de explicar, pero es algo que cada palestino siente en su interior, como una herida irreparable, como un cortocircuito en nuestra historia»^[29]. Para el poeta Mahmoud Darwish, la Nakba supuso la llegada de las metáforas, que siempre quiso impugnar, de «mi patria es

pp. 36-67.

27.– Uri Ben-Eliezer, *The Emergence of Israeli Militarism, 1936-1956*, Tel Aviv, Dvir, 1995, p. 253.

28.– Citado por Nur Masalha, *La expulsión de los palestinos...*, pp. 205-206.

29.– Rula Jebreal, *La strada dei fiori di Miral*, Milán, Bur, 2005, p. 142.

23.– Citado en Walid Khalidi, «El plan Dalet y la guerra de expulsión de los palestinos», en Farouk Mardam-Bey y Elias Sanbar, *El derecho al retorno. El problema de los refugiados palestinos*, Guadarrama, Ediciones del Oriente y del Mediterráneo, 2004, pp. 81-82.

24.– Ilan Pappé, *La limpieza étnica de Palestina*, p. 120.

25.– Walid Khalidi, «Plan Dalet Revisited», *Journal of Palestine Studies*, vol. 18, 1 (1988), pp. 3-37.

26.– Nur Masalha, «The Historical Roots of the Palestinian Refugee Question», en Naseer Aruri (ed.), *The Palestinian Refugees: The Right of Return*, Londres, Pluto Press, 2001,



David Ben Guri3n, Primer Ministro de Israel, leyendo la Declaraci3n del Estado de Israel, el 14 de mayo de 1948 en el Museo de Tel Aviv, bajo un retrato de Theodor Herzl, fundador del sionismo pol3tico (Wikimedia Commons).

una maleta» y de un «mapa de ausencia»^[30] (Darwish, 2011). De este modo, despu3s de m3s de medio siglo de esfuerzos del colonialismo de asentamiento sionista, llegado una gran victoria: construir un nuevo Es-

tado sobre un territorio, como orden3 el gran l3der sionista David Ben Guri3n en septiembre de 1948, «limpio y vac3o de 3rabes». Sin embargo, la Nakba no acab3 en 1948.

30.- Mahmoud Darwish, *En presencia de la ausencia* [traducci3n de Luz G3mez], Val3ncia, Pre-textos, 2011.